

Número 25

Año I

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

REDAGGION Y ADMINISTRACION: VILLANUEVA, 17, MADRID

29-SEPTIEMBRE-1899



MLLE. DASSAN

➡ 15 céntimos ➡

	FABIÁN MERINO ENCUADERNADOR Farmacia, 7.—Madrid. Especialidad en inscripciones para coronas fúnebres.	CENTRO DE SUSCRIPCIONES Y ENGUADERNACIONES DE Juan Antonio Martinez Z. <u>PO</u> RVENIR. Z. LA UNION.—(MURCIA) Este Centro se encarga de la explotación de toda clase de obras, periódicos y revistas para la venta y suscripciones en esta plaza y sus pueblos limítrofes, y dispone de personal capaz para el mayor éxito en esta clase de negocios. Corresponsal en La Unión de EL ALBUM DE MADRID
DISPONIBLE	DISPONIBLE	
“EL FUNERAL.” AGENCIA DE POMPAS FÚNEBRES Fuencarral, 106. Teléfono 2.304. Servicios fúnebres completos desde lo más modesto á lo más lujoso. Coronas, lápidas, traslados y embalsamamientos. DESPACHO PERMANENTE		DISPONIBLE



EL ALBUM DE MADRID

29 DE SEPTIEMBRE DE 1899

DE UNA EVA Á OTRA

REALIDAD DESNUDA

«Dani querida: A ti, mi amiga predilecta desde que balbuceábamos nuestros nombres; depositaria fiel de todos mis secretos, pueriles unos, con el sello de íntima confesión los más; á ti, á quien van siempre todas mis expansiones sin reservas ni puritanismos, acudo hoy, no con el golpe de nueva caída, sino con abrumadora carga de miserias y debilidades que, formando densísima bruma sobre mi alma, dormida aún, pesa en mi ánimo como debió pesar el pecado en la conciencia de alguna Santa que, antes de serlo, fué mujer como tantas otras.

Este maldito corazón mío, esclavo de mis instintos de bestia humana nunca saciada, ha vuelto á engañarme. Ya sabes que aún no hace tres años que de mujer esclava pasé á mujer libre—definición de tu escuela.—Sabes también que fui á los brazos de Carlos con impacencias que yo calificué de amor ciego, y tú de impetuosos deseos mal contenidos. Y era que tú no ignorabas—¡qué vas á ignorar tú!—que la hermosura incitante de este hombre llegó á cegar mis sentidos de tal modo, que aquellas sensaciones las interpretaba yo como amoroso alarde de corazón apasionado; era que tú, con esa

descaradota y prematura experiencia que alcanzaste en los salones de altas pecadoras, sabías que una mujer entrega su alma en la primera caída, y que el alma mía se fué con aquel Fausto que no necesitó de *Meftistófeles* alguno para hacerme víctima de su capricho.

Fíjate en esto, sabionda: echa tus pecadoras manos al cristal de mis alcances; ponle de pantalla en uno de esos ojos, árbitros de voluntades, y penetra hasta los más escondidos repliegues de mi alma, á ver si sabes dar con la cuerda que, al desafilarse, promueve este desconcierto de mi espíritu.

Satisfecho mi deseo respecto á Carlos, siento que profunda pena embarga mi ánimo cuando otro hombre, hoy, ejerce en mi idéntica influencia que la ejercida por aquél ayer. ¿Procede la pena del interés que pueda inspirarme Carlos? ¿Es el grito de una naturaleza prostituida y torpe que reclama nueva presa? ¿Es la lucha de un alma ruin con las protestas de la conciencia, jamás vencida?

Hay momentos en que creo amarle; pero con un amor que si él lo adivinase, tu perversa amiga—sí, lo soy, ó mejor dicho, lo somos—tendría el desastroso fin de Jezabel, la impía reina. Porque en mi cariño hacia Carlos hay mucho de humillante para un mozo de su temple, y nada, ni un átomo de ese amor que le juré la mujer y debe siempre la esposa.

Por otra parte estimo á este hombre en lo que infinitamente vale. Y hoy, muerto en mí el egoísmo, una de las adulteraciones del amor, me angustia y desespera que Carlos, con su belleza moral, sus atractivos físicos, y amante apasionadísimo y delicado, haya sepultado su alma angelical entre el cieno de la corrupción de una Antonina, siendo digno de poseer, como Tarquino, una Lucrecia que no pudiese vivir manchada. Y al reconocer todos sus méritos; al contemplarle presa de ardiente pasión, como nuevo Ulises á los pies de su Circe,

se promueve esta lucha en que la voracidad de la carnaza, no teniendo ya manjar para su apetito lascivo, despedaza ideas, desgarrá sentimientos, destruye la voluntad y pulveriza rectas inclinaciones para dominar con su fuego sobre las ruinas de mi espíritu.

Por eso yo, mitigada por una criminal condición humana, que es común á todos los seres, quisiera que mi marido fuese una vulgaridad de la *soberana masa* que, con las calaveradas de rûbrica y ligerezas de colegial, me diese motivos para disfrazar mi condición, justificándola caprichosamente, si es que el vicio propio pueda justificarse con debilidades ajenas. Porque esta batalla, querida *enlega*, la provoca la, para mí, fuerza irresistible del vicio. Así como escena, y sin meterse en falsas filosofías ni engañarse con utopías. Pues ten presente que, si al dejar de funcionar nuestro organismo, pudiese entrar el escalpelo en la parte moral como entra en la materia miserab' e; si en la carne quedasen impresos los vértigos que producen los festines de amor nacido y muerto en la sombra... ¡cuántas reputaciones de *esposa modelo*, *virtuosa señora* y *casta doncella*, saldrían de la mesa de discusión despojadas de su capita hipócrita, para cobijarse bajo la impúdica atmósfera que envuelve la memoria de los Borgias!

Ya que tienes mi fotografía íntima, sólo me resta preguntarte: ¿podré dominar esta fuerza que me empuja despiadada hacia torpes apetitos? ¿Tendré la virtud necesaria para sacrificar mis instintos en aras de la consideración que este hombre merece? A veces siento que sí, y lo siento con la fe más ciega; pero como si la pureza de este noble impulso temiera mancharse con la erápula de que estoy saturada, muere ape-

nas nacido y la maldita fuerza misteriosa mata, destruye, arroja, despedaza todo discurso y todo sentimiento, y precipitándose sobre las ruinas de mis frágiles castillos, me arroja cruel en los concurridísimos dominios de la voluptuosidad, y allí veo caer, conculcadas leyes divinas y humanas, este frágil barro que con el descaro da su impureza aumenta las congojas de mi alma.

Y lo que más me aterra es estar convencida de que sólo me sostiene un punto muy débil. La idea de que la sociedad pueda, con mi conducta por pretexto, mofarse de la candidez de Carlos por ese principio injusto, irritante y anómalo que hace caer sobre el marido la vergüenza de ajeno delito. En resumen: que no me entregué ya al desenfreno de mis pasiones *porque no digan las gentes*. ¡Qué virtud! Nada; que yo estoy ahora en el caso de muchos bandidos de frac que gozan de inmaculada fama, impuesta por el Código y la Guardia civil. ¡Qué cruel excepticismo! ¿verdad? Pues oye, hija: yo era la misma bondad; pero ya sabes que con el roce social, en este mundo de miserias, se gasta todo lo bueno.

Si me siento caer, saldré de mi círculo para dar la caída. ¿No es tu teoría que la murmuración de la plebe no traspasa el umbral de un palacio?

Adiós; y si tu instinto femenino te hace ver la paja en el ojo ajeno..., acuérdate de aquel fornido guarda del Soto de Valleflres, para ser benévola con tu discípula aventajada.

X.»

Por la copia,

A. JIMÉNEZ-CASTEJÓN.





No todo el mundo es capaz
de dar una puñalada;
pero, ¿una mala noticia?...
la persona más honrada.

Diariamente á la iglesia dos visitas
y socorros á huérfanas y viudas?...
No me lo niegues, Judas;
tú has hecho alguna infamia ó la me-
ditas.

Si ni alcanzarla ni rendirla espero,
piernas y corazón, ¿para qué os quiero?

MANUEL DEL PALACIO.

A mi suegra

Hace algún tiempo que yo, dichoso,
vivo en las redes de un corazón
y que en el mío guardo un poema
bello, de amor.

Tú, que no ignoras del sentimiento
los puros gozos que Dios nos dá,
las hojas tiernas de mi poema
debes mirar.

Hay muchos nombres de la familia.
santos recuerdos de lo que fué,
dichas fugaces y hernas sombras
de padecer.

Esos pesares se dispararon
al dulce nombre de un serafín,
y las endechas que hay enseguida
son pura tí.

Porque á mi alma tú han comprendido
cual si tuviera don celestial
y la prodigia ricos tesoros
de la bondad.

Con noble objeto pulsar me hiciste
las rotas cuerdas de mi laúd,
de entonces canto con la ternura
que inspiras tí.

Tú eres la madre, tú eres la hermana,
y eres la amiga del corazón.
tú has dado al mundo la más hermosa
divina flor.

Entre dos almas que son gemelas
tú su destino lograste unir
y el sol radiante de su progreso
vieron lucir.

Bendito el Cielo, que á una alma triste
otro de gozos la tuya dió,
bendito el ángel de mis amores,
bendito sea tu corazón.

B. PÉREZ RIOJA

El ciego de la esquina ⁽¹⁾

Siempre igual, en verano y en invierno
Estaba, hora tras hora,
Sentado en un portal junto á la esquina
Pidiendo una limosna.

El pobre trabajaba; quedó ciego,
Y como á inútil fardo,
Esta egoísta sociedad infame

Qual si fuera un estorbo lo echó á un lado
Y si la santa Caridad no diera
Amparo al pobre ciego,

En el portal aquel, junto á la esquina

El pobre hubiera muerto.
Un día no lo ví; ya no lo he visto,

Quizá murió. ¿Quién sabe si de hambre?

Dí, sociedad: ¿Y el ciego de la esquina?

José MARTÍNEZ ALBACETE.

(1) Del libro en prensa *Integrales*.



CONCHA SEGURA

DOS COSAS

(CANTARES)

Dos cosas tiene mi patria,
que no tiene otra nación,
las mujeres andaluzas,
y la jota de Aragón.

Dos cosas tiene mi niña,
que me robó con su amor;
un pañuelo de batista,
y mi triste corazón.

Dos cosas sólo deseo
cuando asisto alguna boda;
bailar hasta que me canse,
y dar un beso á la novia.

Dos cosas tengo seguras
el día que yo me case;
un ángel á quien amar,
y una suegra que me añaé,

Dos cosas hay que no olvido
ni jamás olvidaré;
Un pellizco de mi suegra,
y de mi madre el querer.

Dos cosas son las que ansío
con frenética ilusión;
un premio de lotería,
y de mi niña el amor.

Dos cosas he conseguido
con hacer estos cantares;
entretener algo el tiempo,
y que no los cante nadie.

ARTURO G. CARRAFFA.

Exclamaba un franciscano
auxiliando á cierto herido:
¡Perdone al que le ha ofendido
para ir á la gloria, hermano!
¡Padre! La gloria me halaga,
dijo el otro en triste tono:
Sí me muero le perdono,
pero sinó... ¡Me la paga!

J. ESTREMERÁ.



CLOTILDE PERALES

A UNA ESPIRITISTA

Señora mía é ilustre compañera en la prensa:

Con inefable satisfacción he recibido su sabrosa carta, en que se lamenta usted de que yo no tome en serio el espiritismo. Comienzo por decir que no acostumbro á burlarme de lo que desconozco, y nada más lejos de mi ánimo que hacer chacota de una escuela respetable, á la que pertenecen hombres muy distinguidos y señoras tan ilustradas como usted.

Respeto profundamente todas las opiniones, aun la de aquel maestro de escuela citado por Leopoldo Alas, que se empeñaba en suprimir el pluscuamperfecto.

Lo que yo hago es ridiculizar á los que, llamándose espiritistas, sin conocer poco ni mucho el espiritismo, se entregan á todo género de necedades y nos vuelven locos á los demás con sus casos prácticos y sus experiencias trágico-cómicas.

Cítala en el artículo, origen de su atenta carta, á una viuda que sostiene animada conversación á todas horas con el espíritu de su esposo y aludía también á un figle de Eslava que cree comunicarse con todos los difuntos conocidos, valiéndose del instrumento.

Yo me río tan sólo de esos personajes profundamente bufos; pero de ningún modo puedo ofender á los que estudian con rectitud de juicio las doctrinas que constituyen la escuela á que usted pertenece.

Claro que tienen que producirme hilaridad ciertas cosas relacionadas con el espiritismo, no por la escuela, sino por los sujetos que creen profesarla é incurrir en toda clase de ridiculeces.

Nunca me olvidaré de una señora de mi pueblo que perdió á su esposo, y después de llorar un poquito, nos decía con la mayor naturalidad del mundo:

—Ahora, lo único que deseo saber, es á dónde ha ido á encarnar el espíritu de mi Vicente.

—¿Cómo?

—Pues qué, ¿no saben ustedes que el espíritu no muere nunca?

—No sabemos nada.

—Lo que hace es ir á parar á otro cuerpo y eso es lo que tengo yo que saber esta noche misma, cuando conferencia con mi esposo.

Y, en efecto, al otro día nos contó que había tenido una conversación con su difunto y éste le había dicho que estaba «haciendo de gallos» en el corral de su misma casa.

—¡Pobrecito!—añadía la viuda.—Es tan grande el cariño que me profesa, que se ha quedado á vivir en mi propio corral para no perderme de vista. Mírenle ustedes desde aquí; y abrió la ventana para enseñarnos el gallo.

—Es muy bonito.

—Y muy gallardo—añadió la viuda.—Fíjense ustedes en la cresta y en la expresión de los ojos. Ahora está mirando hacia arriba; no se acerquen ustedes á mí que se puede enlazar.

La pobre señora creía firmemente que su esposo se había metido dentro del gallo, y era de ver con qué solicitud le cuidaba y las frases cariñosas que le dirigía. No se sentaba á la mesa una sola vez sin que dijera á la criada:

—Aniceta: échale estas miguitas al señorito. ¿Te has acordado de mudarle el agua? Ponle un poco de café en un cacharro; porque él sin su café no podía pasar.

No era que estuviese loca, todo lo contrario; ella discurría bien y se dejaba matar por una peseta; pero no había quien la convenciese de que el gallo no era su esposo, y cuando alguno se reía montaba en cólera, diciendo:

—¡Qué! ¿Se atreve usted á negar la teoría de la trasmigración de las almas? Pues es usted una ignorante.

Cuando no podía bajar al corral por estar acatarrada, hacía que le llevaran el gallo á la alcoba y allí se estaban los dos en amante compañía. El, poco cuidadoso de las conveniencias sociales, cometía cualquier falta de aseo, y entonces decía la viuda en tono de cariñosa reconvencción:

—¡Qué has hecho, Vicente? ¡De cuándo acá? ¡Parece mentira que te hayas vuelto tan poco escrupuloso!

A tal punto llegaba el convencimiento de la viuda de que el gallo era su difunto, que hasta tenía celos de las gallinas, y en cuanto notaba que alguna merecía la preferencia de su esposo la retorcía el pescuezo y la mandaba asar inmediatamente.

DESHEREDADA

(A mi amigo J. Pastor y López.)

Quando quiso, lo mismo que otras veces en la mañana aquella, despertar á su madre con un beso... ¡su madre estaba muerta!

Hermanas son la soledad y el hambre, hijas de la pobreza; por eso la muchacha al quedar sola también quedaba hambrienta.

Era el sábado Santo. Junto al pórtico de la vetusta iglesia imploraba, por Dios, una limosna la pobre niña huérfana.

Y mirando á otras niñas de su edad correr por la plazuela,

temblaba al mismo tiempo, la infeliz, de hambre y de vergüenza.

Temblaba, y entre tanto las campanas con ironía siniestra repicaron á gloria allá en la torre de la vetusta iglesia.

MARIANO CASTAÑO.

DESENGAÑO

Cierto día en un jardín, que lleno estaba de flores, quise entretener mi *espleen* no pensando en mis amores.

Mas todo fué loco empeño, pues desde la dalia hermosa, hasta el clavel más pequeño,

La pobre señora se murió agarrada al pollo y á él nos le comimos con arroz varios amigos el otro día diciendo con cierta amargura:

—¡Pobre don Vicente! ¡Qué rico está!

Dígame usted, pues, mi distinguida señora, si estos extravíos de la imaginación no merecen ser ridiculizados.

Sólo á ellos me he referido; nunca á las personas dignas como usted de la mayor consideración y el más profundo respeto.

Besa sus pies,

LUIS TABOADA.

me recordaban ansiosas mi ilusión, mi loco sueño.

Yo á la dalia comparaba con la mujer que quería, y el clavel me recordaba que aquella dalia no oía.

Busqué al momento otra flor, siendo, cual la dalia, hermosa, y me encontré con la rosa, con fragancia y con olor.

Mi empeño entonces logró, mas ¡ay de mí! no miraba que aquella flor me picaba cuando cortarla intenté.

Mi amor perdido encontré, mi ilusión pura y hermosa, pues lo mismo que á la rosa, al tocarle, me piqué.

ARTURO G. CARRAFFA.

Valladolid y Septiembre.

A UNA ESPIRITISTA

Señora mía é ilustre compañera en la prensa:

Con inefable satisfacción he recibido su sabrosa carta, en que se lamenta usted de que yo no tome en serio el espiritismo. Comienzo por decir que no acostumbro á burlarme de lo que desconozco, y nada más lejos de mi ánimo que hacer chacota de una escuela respetable, á la que pertenecen hombres muy distinguidos y señoras tan ilustradas como usted.

Respeto profundamente todas las opiniones, aun la de aquel maestro de escuela citado por Leopoldo Alas, que se empeñaba en suprimir el pluscuamperfecto.

Lo que yo hago es ridiculizar á los que, llamándose espiritistas, sin conocer poco ni mucho el espiritismo, se entregan á todo género de necedades y nos vuelven locos á los demás con sus casos prácticos y sus experiencias trágico-cómicas.

Citaba en el artículo, origen de su atenta carta, á una viuda que sostiene animada conversación á todas horas con el espíritu de su esposo y aludía también á un figle de Eslava que cree comunicarse con todos los difuntos conocidos, valiéndose del instrumento.

Yo me río tan sólo de esos personajes profundamente bufos; pero de ningún modo puedo ofender á los que estudian con rectitud de juicio las doctrinas que constituyen la escuela á que usted pertenece.

Claro que tienen que producirme hilaridad ciertas cosas relacionadas con el espiritismo, no por la escuela, sino por los sujetos que creen profesarla é incurren en toda clase de ridiculeces.

Nunca me olvidaré de una señora de mi pueblo que perdió á su esposo, y después de llorar un poquito, nos decía con la mayor naturalidad del mundo:

—Ahora, lo único que deseo saber, es á dónde ha ido á encarnar el espíritu de mi Vicente.

—¿Cómo?

—Pues qué, ¿no saben ustedes que el espíritu no muere nunca?

—No sabíamos nada.

—Lo que hace es ir á parar á otro cuerpo y eso es lo que tengo yo que saber esta noche misma, cuando conferencie con mi esposo.

Y, en efecto, al otro día nos contó que había tenido una conversación con su difunto y éste le había dicho que estaba «haciendo de gallos» en el corral de su misma casa.

—¡Pobrecito!—añadía la viuda.—Es tan grande el cariño que me profesa, que se ha quedado á vivir en mi propio corral para no perderme de vista. Mírenle ustedes desde aquí; y abrió la ventana para enseñarnos el gallo.

—Es muy bonito.

—Y muy gallardo—añadió la viuda.—Fíjense ustedes en la cresta y en la expresión de los ojos. Ahora está mirando hacia arriba; no se acerquen ustedes á mí que se puede encelar.

La pobre señora creía firmemente que su esposo se había metido dentro del gallo, y era de ver con qué solicitud le cuidaba y las frases cariñosas que le dirigía. No se sentaba á la mesa una sola vez sin que dijera á la criada:

—Ancieta: échale estas miguitas al señorito. ¿Te has acordado de mudarle el agua? Ponle un poco de café en un cacharro; porque él sin su café no podía pasar.

No era que estuviese loca, todo lo contrario; ella discurría bien y se dejaba matar por una peseta; pero no había quien la convenciese de que el gallo no era su esposo, y cuando alguno se reía montaba en cólera, diciendo:

—¿Qué! ¿Se atreve usted á negar la teoría de la trasmigración de las almas? Pues es usted un ignorante.

Cuando no podía bajar al corral por estar acatarrada, hacía que le llevasen el gallo á la alcoba y allí se estaban los dos en amante compañía. El, poco cuidadoso de las conveniencias sociales, cometía cualquier falta de aseo, y entonces decía la viuda en tono de cariñosa reconvención:

—¿Qué has hecho, Vicente? ¿De cuándo acá? ¡Parece mentira que te hayas vuelto tan poco escrupuloso!

A tal punto llegaba el convencimiento de la viuda de que el gallo era su difunto, que hasta tenía celos de las gallinas, y en cuanto notaba que alguna merecía la preferencia de su esposo la retorcía el pescuezo y la mandaba asar inmediatamente.

La pobre señora se murió agarrada al pollo y á él nos le comimos con arroz varios amigos el otro día diciendo con cierta amargura:

—¡Pobre don Vicente! ¡Qué rico está!

Dígame usted, pues, mi distinguida señora, si estos extravíos de la imaginación no merecen ser ridiculizados.

Sólo á ellos me he referido; nunca á las personas dignas como usted de la mayor consideración y el más profundo respeto.

Besa sus pies,

LUIS TABOADA.

DESHEREDADA

(A mi amigo J. Pastor y López.)

Quando quiso, lo mismo que otras veces
en la mañana aquella,
despertar á su madre con un beso...
¡su madre estaba muerta!

Hermanas son la soledad y el hambre,
hijas de la pobreza;
por eso la muchacha al quedar sola
también quedaba hambrienta.

.....
Era el sábado Santo. Junto al pórtico
de la vetusta iglesia
imploraba, por Dios, una limosna
la pobre niña huérfana.

Y mirando á otras niñas de su edad
correr por la plazuela,

temblaba al mismo tiempo, la infeliz,
de hambre y de vergüenza.

Temblaba, y entre tanto las campanas
con ironía siniestra
repicaron á gloria allá en la torre
de la vetusta iglesia.

MARIANO CASTAÑO.

DESENGAÑO

Cierto día en un jardín,
que lleno estaba de flores,
quise entretener mi *espíen*
no pensando en mis amores.

Mas todo fué loco empeño,
pues desde la dalia hermosa,
hasta el clavel más pequeño,

me recordaban ansiosas
mi ilusión, mi loco sueño.

Yo á la dalia comparaba
con la mujer que quería,
y el clavel me recordaba
que aquella dalia no olía.

Busqué al momento otra flor,
siendo, cual la dalia, hermosa,
y me encontré con la rosa,
con fragancia y con olor.

Mi empeño entonces logró,
mas ¡ay de mí! no miraba
que aquella flor me picaba
cuando cortarla intenté.

Mi amor perdido encontré,
mi ilusión pura y hermosa,
pues lo mismo que á la rosa,
al tocarle, me piqué.

ARTURO G. CARRAFFA.

Valladolid y Septiembre.



ASUNCION MIRALLES



MISS KAINELL

Arrepentirse á tiempo

Volvió á leer la carta, y después de besarla, la guardó en su seno. Luego, en actitud pensativa, reclinó la cabeza sobre la mano y el codo sobre la preciosa mesilla de palo de rosa que tenía delante. En esta actitud, semejando la estatua de la Meditación, permaneció algún tiempo, hasta que, suspirando, tomó una pluma con mango de nácar, y sobre un elegante plieguecillo de papel, escribió lo siguiente:

«Tienes razón, Alberto mío: se hace inevitable tomar una resolución definitiva, arrostrándolo todo, hasta la maledicencia, despreciándolo todo, hasta el honrado nombre de mis padres.

Al dar el paso que me aconsejas, al aceptar la que, como única solución encuentras á nuestras desdichas, lo hago más que nada, teniendo en cuenta que, antes que mi amante, eres perfecto caballero.

En el jardín, en el mismo sitio en que encuentres mi carta, te esperaré esta noche á la hora que me dices. Que Dios me perdone lo que voy á hacer. Tal vez no tenga valor para dar un abrazo á mi padre antes de arrojar sobre su nombre todo el borrón de ignominia que supone mi locura, la cual, si no justificarse, puede al menos hallar atenuación en lo mucho que te quiere tu

LUISA.»

Largo rato permaneció absorta, fija la mirada en la carta

que acababa de escribir; pero con el pensamiento tan apartado de cuanto la rodeaba, que ni veía siquiera los renglones que con inseguro pulso acababa de trazar su mano.

Toda su vida desfiló ante su excitada imaginación durante aquel tiempo. Su niñez, separada de su madre, á quien apenas conoció, en poder de ayas extranjeras refractarias al cariño, sin encontrar su tierno corazón las expansiones propias de la infancia, tan necesitada del amor de una madre, pues muerta ésta, y enfrascado el autor de sus días en el continuo aumento de sus haberes, á duras penas le veía de vez en cuando, y esto rápidamente, y como temiendo arrebatar á los negocios una exigua parte de la existencia que les tenía exclusivamente dedicada.

Un recuerdo de mayor tristeza vino á ennegrecer aún más sus no muy brillantes pensamientos. Ya mayorcita, al vestirla ó desnudarla, la doncella Matilde, que tantos años llevaba al servicio de la casa, solía hablarla de su madre, de las circunstancias que precedieron á su unión con el que era su padre...

Si, claramente recordaba las palabras de Matilde, que con su indiscreción abrió en la mente de la inexperta niña un nuevo campo de ideas: «Como los papás de la señora se oponían á que se casase con el señor porque no tenía *sobre qué caerse muerto*, y temían que sólo hiciera el amor á los millones de la señora, un día que estaban descuidados, creyendo que ya no se acordaba ni del santo de su nombre, se encontraron con que la señora se había ido con el novio, dejando

una carta escrita, en la que pedía que la perdonasen el disgusto que les daba...

Y este mismo recuerdo, en el que había encontrado algo así como un paliativo de su proyecto en los días de incubación de la idea que iba á poner en práctica aquella noche, tomó aspecto distinto, mirándolo bajo prisma diametralmente opuesto.

—Si mi madre lo hizo, ¿por qué no lo he de hacer yo?—decía antes.

Pero cuando ya lo veía casi realizado, cuando se iba á lanzar en el piélago de la afrenta y el escándalo, nuevos horizontes aparecieron ante su vista ofuscada, ignorados acenos de la verdad hallaron eco en su enloquecido cerebro, haciendo cambiar el rumbo de sus torcidas ideas...

Vagamente, entre las reminiscencias de su primera infancia, conservaba la imágen de su madre, días antes de morir, demacrada, macilenta, más acaso por los tormentos de su espíritu que por los dolores del cuerpo: luego, el desprecio en que su mismo padre la tenía, y al fin su muerte, prematura, triste, recordando la maldición de sus difuntos padres, á quienes no volvió á ver después de la fuga, sin un verdadero cariño que la ayudara en los últimos momentos á arrostrar los terrores del trance fatal, á solas con su conciencia, cuya negrura aumentaría con la soledad del alma, en medio de los padecimientos corporales, que acaso le pareciesen presagio de los que había de sufrir en la otra vida...

¿Quién sabe si el cariño de Alberto, que ella tenía por firme é incorruptible, era tan sólo una ficción atraída por el cebo de

las riquezas de su padre? ¿Por qué el oponerse éste tenazmente á su enlace con el elegido de su corazón, iba á ser por instintos de ruin tacañería, como ella egoístamente había supuesto, y no porque no encontrase en Alberto las dotes y condiciones que había de tener el dueño de su hija? Y, además de todo esto, ¿sería tan grande el cariño de quien no vacilaba en exponer á su ídolo ante el escarnio de la sociedad, en la picota de la murmuración, deshonrando públicamente á la que iba á dar su nombre? Si esto podía ser abundancia de amor, también podía ser exceso de infamia... y... ¿por qué no decirlo todo? Ella, que siempre se había tenido por pura y honrada; daba al traste con su reputación, sin que pudiera disculpar su caída la vehemencia de un amor, que por grande que sea, debe tener como valladar infranqueable la educación y la inteligencia, los más poderosos frenos de las humanas pasiones...

Rápidamente abandonó su asiento, y cogiendo la carta que aun estaba sobre la mesa, pasó á la estancia inmediata, especie de oratorio, donde, debajo de un magnífico Cristo de talla, ardían sendos cirios á los lados de un reclinatorio de ébano y márfil; con mano segura, aproximó la que iba á ser intérprete de su deshonra á una de las llamas, y dejó que el voraz elemento destruyera el papel, mientras un suspiro se escapaba de su pecho al ver convertido en humo y pavesas lo que ella había considerado como señuelo de ilusiones y manantial de futuras bienandanzas...

AUGUSTO MARTÍN OLMEDILLA.



FILOMENA GARCIA

PARA LAS SEÑORAS

DE LA ELEGANCIA,, SEMANARIO ILUSTRADO DE MODAS



Traje para niña de once años.

De cachemir verde bronce. Falda en forma, guaruecida por abajo con muchas filas de galones de seda, rayada de verde y blanco. Cuerpo blusa por delante y ajustado en la espalda. Canesú por delante y por detrás, cubierto de galones, así como el cuello. Manga con galones en la parte superior y en la inferior. Cinturón cubierto de galones.

Tela: Cinco metros de cachemir, y 20 metros de galón.

La Elegancia es el periódico más completo de modas. Se compone de doce páginas y publica figurín iluminado, patrón cortado, hojas de labores y ocho páginas de novela. Precio: 25 céntimos.

Se publica todos los domingos.

Administración: Jorge Juan, 16, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

EL RETRATO

—Os preparo una sorpresa para cuando terminemos de cenar. Dijo el petulante conde de Castorres á sus convidados.

—¿Y por qué hacernos esperar impacientes hasta el fin de la cena? Observó Pepito Molano.

—Este tiene razón, agregó un tercero. Dinos ahora lo que sea.

—Puesto que os empeñáis, no tengo inconveniente. Todo se reduce á una extravagancia mía; pero creo que resultará de muy buen efecto.

—Sepamos esa extravagancia.

—Todas sabéis que yo soy un Tenorio, en toda la extensión de la palabra.

—Y yo un Luis Mejía. Dijo Molano.

—Y como los personajes del drama de Zorrilla, hoy nos reunimos para darnos cuenta de nuestras conquistas.

—Precisamente.

—Pues bien; en este año he hecho 34.

—¡Cáspital!—exclamó Muñoz—eso sí que se llama amar al vuelo.

—Parece increíble—objetó Molano.

—Según eso, tú no has hecho tantas seducciones.

—Lo confieso; el número de ellas sólo asciende á 12.

—Por tu derrota.

—Befamos.

Los tres amigos llenaron sus copas.

—Pero tú, ¿puedes probar todas esas conquistas?

—Precisamente, la prueba de ellas es la sorpresa que os preparaba.

—¡Ah! ya, cartas.

—Entonces nos aburriremos.

—Sí; tantas ternezas concluirán por empalagarnos.

—Nada de eso, amigos míos; no se trata de epístolas. Esa sería una prueba que no os convencería, porque muy bien podría haber redactado yo todas las cartas, valiéndome de diferentes personas que las escribieran. En cambio yo no puedo inventar imágenes vivientes. Poseo los retratos de esas treinta y cuatro mujeres que, á unas por amor, á otras por dinero, he seducido.

—¿De modo que has exigido á todas su retrato?

—Sí; pienso formar una galería... y á propósito, ¿qué nombre os parece que la ponga? ¿Galería amorosa?

—Del placer, la titularía yo—manifestó Molano.

—De la desgracia; ese es á mi juicio el título que la corresponde—dijo Muñoz sentenciosamente.

—Pero, ¿quién diablos te ha sugerido la idea de hacer retratos á tus amantes, querido Castorres?

—Esa es una idea de novela, por cierto nada nueva.

—No es la novedad la que me ha inducido á ello, si no un capricho, una extravagancia, como os dije antes.

—Por mí, podemos dar ya por terminada la cena. Tengo deseos de admirar las imágenes de tus amantes.

—Todas son preciosas. Y como pudiera ocurrir que se extravíase algún retrato, pues los hay muy pequeños, he pensado ampliarlos, para perpetuar en mi cerebro la figura de todas las que me han proporcionado un rato de placer.

—Pero eso te va á costar un dineral.

—Cuando se trata de satisfacer un capricho, no escatimo el dinero.

—Querido Castorres—dijo Muñoz—para la obra que intentas, te recomiendo un artista excelente, aunque desconocido y pobre.

—¿Le proteges?

—Sí; yo me ocupo más en socorrer desgracias que en ocasionarlas.

—Pasemos por alto la alusión, y dime cuándo vas á mandar á tu protegido.



—Si quieres que vaya un criado á buscarle, seguramente le encontrará en mi casa, á donde le he citado para estas horas.

El conde dió orden de que buscaran á Eugenio, y mientras éste llegaba, fueron á ver las fotografías.

Poco después apareció Eugenio, pues Muñoz vivía muy cerca, é inmediatamente le enteró el conde de sus proyectos.

El artista fué examinando uno por uno los retratos, mostrándose muy agradecido y experimentando la alegría que se siente cuando se presenta ocasión de ganar un puñado de pesetas honradamente.

Pero de pronto aquella expresión de alegría se trocó por la de sorpresa, rabia, indignación que la vista de un retrato le produjo.

—¿Qué le pasa á usted, querido artista? ¿Se pone usted malo?—Interrogó Castorres notando la excitación de Eugenio.

Este hizo un esfuerzo superior á su voluntad para que no estallase su furor, y contestó con ronco acento, pausadamente, como si quisiera llamar la atención de sus oyentes sobre cada una de sus palabras.

—¿Y dice usted, señor conde, que ha *poseído* los originales de estas fotografías?

—Es muy cierto.

—Pues bien, señor conde, yo le digo á usted que miente.

—Será posible que usted, un artista indigno de hablarme, se atreva á decirme en mi propia casa esas palabras ofensivas?

—Y estoy dispuesto á repetirlas en donde usted lo solicite. Sé muy bien lo que he dicho. Usted, antes de contestarme, fije sus miradas en algunos de estos retratos, yo se lo ruego, y lealmente dígame en dónde conoció á los originales, y de qué modo han venido á sus manos esas fotografías.

—Las he conocido en esta casa, en momentos para mi

involudables, y las fotografías me las han dado las mismas interesadas.

—Le digo á usted de nuevo que miente.—Replicó Eugenio dando á sus palabras un tono enérgico.

—¿Y en qué se funda usted para proferir esas frases irreverentes?—exclamó Castorres en el colmo del furor.

—Este retrato—dijo Eugenio apoderándose de uno—no le ha adquirido usted por los medios que indica... porque es el de mi hermana.

—¿Cómo!...

—Sí, señor; nuestra pobreza es tanta, que un día en que hasta el pan faltaba en casa, vendí en el Rastro, entre otros objetos un libro de retratos, en el que estaba éste. Usted, sin duda para envanecerse á los ojos de sus amigos haciéndoles creer que ha hecho en un año 31 conquistas, pensó en el Rastro, y compró la mayor parte de estos retratos, deshonorando así el nombre de muertos y vivos.

Las mujeres que se venden, al primer hombre que las solicita, por un puñado de dinero, impreso llevan en su rostro el sello del vicio.

Mirad, señores, ¿creéis que sea posible que el rostro angelical de mi hermana tenga ese sello de depravación? ¿No véis en sus facciones la pureza de sus sentimientos? ¿No véis que su sonrisa revela la placidez de su alma?

La sonrisa de las rameras es imposible de confundir con la de las mujeres honradas. La una es provocativa, lasciva, sensual. La otra espiritual, bondadosa. ¿Y habéis podido creer un momento las palabras de este hombre?

Señor conde, más valiera que en vez de comprar retratos para dar tan deshonrosa explicación de la existencia en su poder, tuviera el valor necesario para contestar dignamente á mis palabras.

No es con la palidez cobarde que se dibuja en su semblan-

te; no es con suplicantes miradas como se arreglan las cuestiones de honra. Hay otros terrenos.

Usted podrá, para contestar á mi reto, arrojarme la tarjeta blasonada. Yo sólo le puedo ofrecer modesta cartulina con la inscripción de mi nombre, humilde, sí, pero honrado.

Entre una y otra tarjeta, media el abismo que separa al pobre del rico. Entre una y otra tarjeta, media el abismo que separa al hombre digno del libertino calavera.

Mañana sabrá toda la población cómo hace sus conquistas el noble conde de Castorres, y si usted cree que con la publicación de sus hazañas se le infiere una injuria, encontrará en cualquier sitio á Eugenio Capilla, dispuesto á darle la explicación que se merece.

Y sin decir una palabra más, sin despedirse de nadie, cruzó altanero por entre sus atónitos oyentes, abandonando la casa.

Embarazosa era la situación del conde para ante sus amigos, una vez descubierta su estratagemata.

Pépito Molano y su amigo Muñoz saludaron ceremoniosamente á Castorres y salieron murmurando:

—Así se pueden hacer 34 conquistas al año, yendo al Rastro á proveerse de retratos, y turbando la paz de hogares honrados, que no sacrificarían la pureza de sus hijas por todo el oro del petulante conde.

MIGUEL SÁNCHEZ DE LAS MATAS.

ADVERTENCIAS

Se venden colecciones de EL ALBUM DE MADRID completas, 25 números, al precio de 6 pesetas; á los suscriptores y corresponsales, 4 pesetas. Se envían certificadas á provincias, adelantando su importe.

Rogamos á los señores corresponsales que se encuentran en descubierto con esta Administración, se pongan al corriente, pues no remi-

tiremos más números á los que no lo verifiquen, publicando sus nombres en la lista de deudores.

AVISO A LAS EMPRESAS PERIODÍSTICAS

LISTA PERMANENTE

Corresponsales que piden paquetes, pero que no pagan:

Alcalá de Henares.—Julión Lobo.

Alcoy.—Miguel Escobedo.

Cuevas (Almería).—Pedro Pérez.

Granada.—Gabriel Jáuregui.

Sevilla.—R. Morilla.

Toledo.—Constantino Garcés, director de *La Campana Gorda*.

(Se continuará.)

Se admiten anuncios en esta Administración á precios convencionales.

IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID
VILLANUEVA, 17.

EL ALBUM DE MADRID

SEMANARIO ILUSTRADO

SE PUBLICA LOS VIERNES



Redacción y Administración: Villanueva, 17, Madrid

Precios de suscripción

MADRID			PROVINCIAS			EXTRANJERO		
Trimestre.....	2	pesetas.	Trimestre.....	2,50	pesetas.	Trimestre.....	4,25	francos.
Semestre.....	4	»	Semestre.....	5	»	Semestre.....	7,25	»
Año.....	7	»	Año.....	9	»	Año.....	12	»

Número corriente 15 céntimos.—Idem atrasado 25

Las suscripciones empiezan siempre en 15 de cada mes.—Pago adelantado en sellos de correos, libranzas ó letras de fácil cobro.

Anuncios á precios convencionales.

La correspondencia y valores deberán dirigirse al Administrador, Villanueva, 17.—Madrid.

